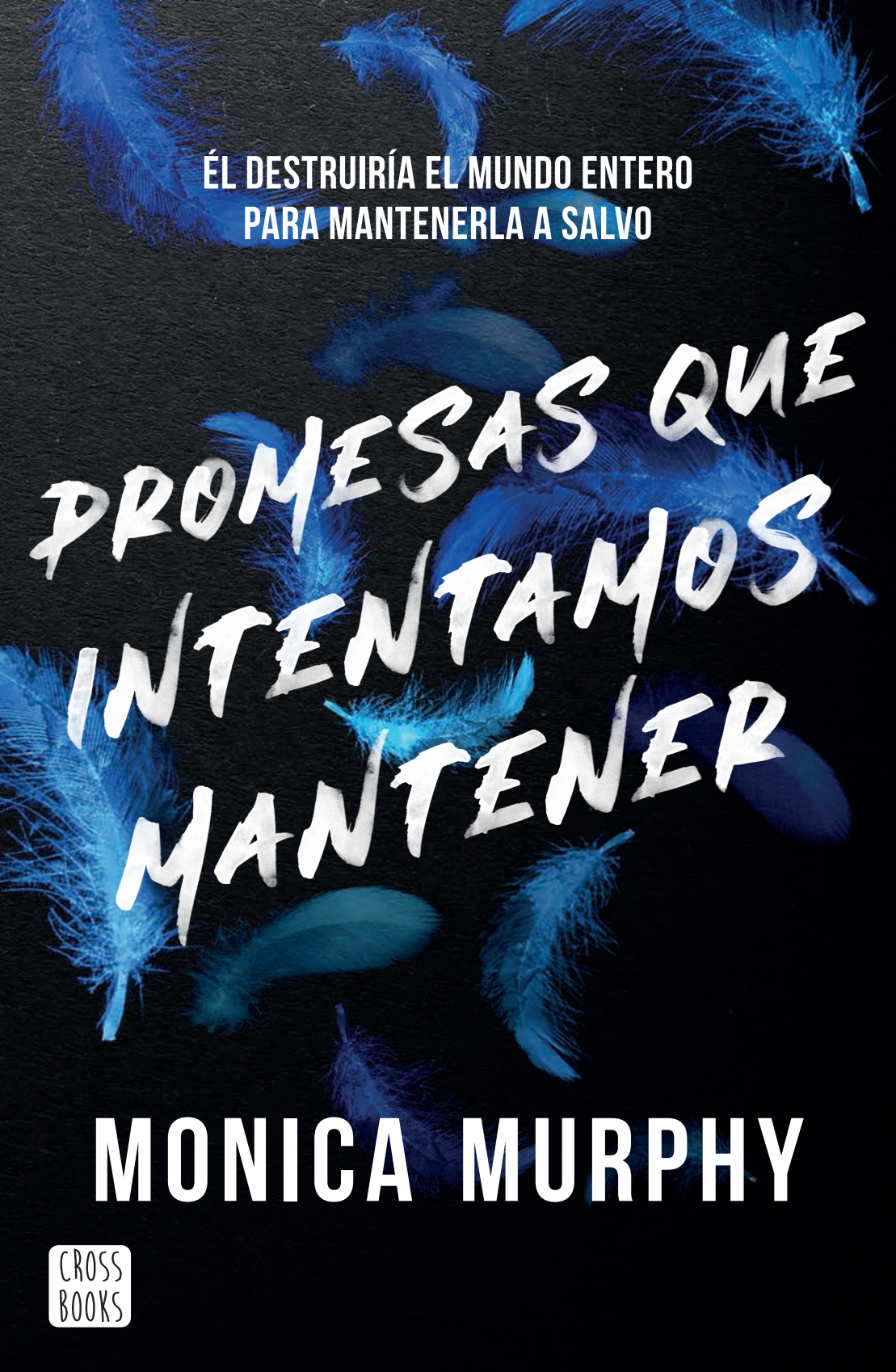




ÉL DESTRUIRÍA EL MUNDO ENTERO
PARA MANTENERLA A SALVO

PROMESAS QUE
INTENTAMOS
MANTENER

MONICA MURPHY

CROSS
BOOKS

MONICA MURPHY

PROMESAS QUE
INTENTAMOS
MANTENER

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Promises We Meant to Keep*
© del texto: Monica Murphy, 2022
Publicado por acuerdo con Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. y The
Seymour Agency, L.L.C.
© de la traducción: Mariana Hernández Cruz, 2024

Diseño de portada: © Emily Wittig
Ilustraciones de portada: vtorous / Depositphotos

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.
Bajo el sello editorial PLANETA M. R.
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 978-84-08-30551-4
Depósito legal: B. 13.651-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia
artificial.

1

Sylvie

Hace tres años

—Toma una decisión —sisea mi madre mientras me agarra bruscamente del brazo, con firmeza. Me van a salir moratones.

Me zafo de ella y me froto donde me ha tocado, antes de fulminarla con la mirada. No tiene ningún efecto, como siempre.

—No. Lo que me pides es imposible.

Arquea una de sus delicadas cejas. Mi madre tiene una belleza clásica conservada con modernidad; ni una arruga a la vista, aunque a nadie le importe. Mi padre la abandonó hace años y no hay ningún hombre en su vida. Nada en lo que pueda centrar su atención, solo yo.

—Nada es imposible, cielo. Tú mejor que nadie deberías saberlo. Mírate. Eres un milagro viviente.

La rabia me hiel a la sangre. La única razón por la que sigo viva es porque descubrí lo que hacía: convencer a un equipo de médicos, durante años, de que algo me pasaba aunque estaba perfectamente bien, perfectamente sana. Me envenenaba con toxinas desconocidas. Me privaba de lo esencial para estar saludable. Me mantenía despierta para que no

pudiera dormir nunca, lo que me hacía estar y actuar cada vez peor. Juro que tengo un recuerdo borroso de ella sujetando una almohada sobre mi cara mientras yo luchaba por respirar. ¿Habrá ocurrido de verdad? ¿O será producto de mi imaginación hiperactiva? Todavía no lo sé.

A pesar de que la confronté varias veces, denunciando lo que me hizo, mi madre finge que esas conversaciones nunca ocurrieron... y yo también. El invierno de mi primer año en el instituto, cuando casi me muero por una sobredosis provocada por mí misma para defenderme de lo que me estaba haciendo, por fin renunció a su farsa, a su teatro. Pero a lo largo de mi vida ha hecho una actuación fantástica, merecedora de premios. Siempre interpretaba a la madre frenética, preocupada, incapaz de ayudar a su pobre hija enferma. Me llevó un tiempo, pero alrededor de los ocho años sospeché por primera vez lo que me estaba haciendo.

Ocho.

Enseguida me lo saqué de la cabeza porque nadie quiere admitir que su madre le haría algo tan horrible. No podía comprender su crueldad, hasta que por fin tuve que enfrentarme al hecho de que quería que me muriera. Pero ¿por qué? ¿Para llamar la atención? Es lo único que se me ocurre. Mi padre la descuidaba, mi hermano la evitaba y mi hermana fingía que no existía.

Así que dirigió toda su diabólica atención hacia mí. Su vida era un completo caos y lo único que podía controlar era a mí.

Es irónico que casi me muriera por mis propias decisiones y no por las de ella. En ese entonces estaba angustiada y me sentía abandonada; traicioné a mi mejor amiga y destrocé nuestra relación. No tenía sentido seguir adelante, toda mi vida parecía una mentira. O eso creía. Sin embargo, resulta que mi madre aún tiene planes para mí: enviarme a otro tipo de muerte.

—Al menos te estoy dando opciones —continúa. Su sonrisa es fría y su mirada, calculadora—. Así que adelante, decídetelo.

Estamos en su ático de lujo de Manhattan, aunque podríamos estar en cualquier parte y seguiríamos teniendo esta batalla. Chocamos todo el tiempo, desde que yo era pequeña. Es como si fuera la única forma que tenemos de comunicarnos: destrozándonos mutuamente. Mi hermano mayor, Whit, rechaza a nuestra madre de tal manera que la deja sin aliento a menudo. Mi hermana pequeña, Carolina, se dedicó a estudiar *ballet* para no tener que soportar el control de nuestra madre; se fue de casa a los trece años y no volvió. Eso fue hace años y siempre me ha hecho gracia que eligiera el *ballet*, teniendo en cuenta que es la forma de danza más rígida y controladora que existe, pero igualmente Carolina se entregó a ello en busca de libertad. Así de dominante es nuestra madre, cuando alguien se lo permite.

Esa soy yo. La que tiene problemas con su madre, la que busca constantemente su atención, su aprobación, su aceptación. A pesar de que casi me mata, aún quiero su amor, lo anhelo, incluso.

Para mi eterna vergüenza, soy la única de los tres a quien nuestra madre puede manipular.

—¿Entonces? —La voz aguda de mi madre me saca de mi reflexión y parpadeo, momentáneamente confundida.

Sin embargo, en cuestión de segundos, todo vuelve a mi mente, sobre mi decisión, mi supuesta elección. «¿Con qué hombre me casaré, mamá? ¿Quizá con el señor Crisis de la Mediana Edad? ¿O con el señor Más Viejo que el Polvo?».

No sé cuál es peor.

—Dame hasta mañana. —Me enderezo, levanto la barbilla, busco fuerzas en mi interior, pero no encuentro nada—. Mañana te daré mi respuesta.

—Darte cualquier cantidad de tiempo extra es peligroso. Ya lo sabes. —Mi madre se cruza de brazos y me mira con evidente desaprobación—. No intentes huir de mí, mi amor. Te encontraré. Siempre lo hago.

—Lo sé. —Sonrío, pero parece forzado, así que me detengo—. No planeo escapar.

¿Qué sentido tiene? Siempre me encuentra. Nadie puede salvarme ahora, ni siquiera el chico que siempre juró que saldría en mi defensa. Pienso en él y no puedo evitar la tímida sonrisa que curva mis labios; el dulce y tonto Spencer Donato. Me tolera como nadie y eso me vuelve loca. Puede que su padre tenga vínculos con la mafia —al menos, eso se rumorea—, pero Spence se parece más a su madre dulce y leal del centro del país. Siempre he podido contar con él para que me ayude a olvidar.

Al menos por un rato.

—Bueno. —Da unos pasos, como si fuera a salir de la habitación, pero se detiene... exactamente delante de mí—. Sabes que solo te cuido, Sylvie. No puedes cuidarte tú sola después de todo lo que ha pasado. Necesitas a alguien que te guíe, ¿y qué mejor opción como marido que un hombre mayor y más sabio? Salir con alguien de tu edad sería un error.

No respondo. Ya he recibido una herencia; el fondo fiduciario será mío, sin estipulaciones, cuando cumpla veintinueve, en menos de dos años. Supongo que mi madre cree que despilfarraré hasta el último billete de los cientos de millones que lo conforman.

No confía en mí, nunca lo ha hecho, lo que nos pone en igualdad de condiciones, pues tampoco confío en ella.

—Como tu dulce osito de peluche, Spencer. —Me estremezo cuando dice su nombre y lo nota. Claro que lo nota. Muchos otros considerarían amable la sonrisa en sus labios, pero yo sé que no lo es. Ha disparado su arma y me ha heri-

do, tal como lo esperaba—. Él no entiende realmente nuestro mundo, mi amor. Se parece más a su madre ingenua.

A Sylvia Lancaster no le gusta nadie, no respeta a nadie. Cree que está por encima de todo.

—Su familia es muy rica... —empiezo, siempre intentando defenderlo, pero ella me interrumpe.

—No como nosotros. Ni de cerca. Además, gran parte del dinero de su familia está... mancillado. —Se estremece fingidamente—. Es mejor dejarlo de lado, ¿no crees? Por lo que sabemos, ahora está trabajando muy estrechamente con su padre.

No me molesto en responder. No sabemos lo que hace. No le pregunto. No hemos hablado en meses. Sus redes sociales dicen que estudia en la Universidad de Nueva York, pero ¿realmente es así? No lo sé. Y si mi madre se sale con la suya, nunca lo sabré.

—Necesitas a alguien en quien confiar. Estable. Como las opciones que te di. Ambos son excelentes y no importa con quién termines casándote, te cuidarán, incluso con tus... dolencias.

Mis dolencias. Qué manera tan dulce de describir cómo me jodió mentalmente desde niña. Es lo mismo que me ha dicho durante años. Desde la primera vez que me llevó al consultorio de un médico con la esperanza de que pudiera averiguar qué me pasaba.

«Todo está mal en mí —concluí—. Soy un desastre. ¿Quién me querría?».

Según lo que dijo mi madre antes, Earl Wainwright IV ha hecho la oferta más alta por mí, seguido de otro hombre mucho mayor cuyo nombre he olvidado; Earl tiene casi setenta años. Divorciado y solitario, busca una joven guapa que lo acompañe a eventos sociales. Me quiere a mí y mi madre me ha ofrecido a él por una buena suma. No estoy segura de

cuánto, pero sé que recientemente perdió algo de dinero en una mala inversión.

Me recorre un escalofrío al darme cuenta de que me ha comprometido con alguien, aun cuando mi corazón le pertenece a otra persona. Siempre ha sido así.

Y siempre lo será.

Toco la puerta con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Me los lamo mientras cojo una botella de champán frío con la otra mano. Entonces, de golpe, la puerta se abre.

Spencer está ahí, su rostro atractivo parece sorprendido cuando me ve en su puerta, lamiéndome el dorso de la mano.

—¿Cómo has entrado en el edificio?

Hago una pausa, lo miro fijamente, enfurecida, y dejo caer mi mano herida a un lado.

Nada de «hola, pasa» o «¡por Dios, te he echado de menos, Sylvie!».

Nada de eso. Solo quiere saber cómo me he metido en el edificio.

—Haciéndole una paja al portero. —Lo empujo y entro en el apartamento, mirando el espacio limpio y despejado, haciendo lo posible por contener las lágrimas, ahora no es el momento de estar triste. Tengo una misión que cumplir—. ¿No te alegras de verme? —Han pasado meses desde la última vez que estuvimos juntos y ya se cansó de mis juegos. Eso dijo y, en ese momento, me dolió. Todavía me duelen sus palabras, pero estoy desesperada por verlo, por tocarlo, por abrazarlo por última vez.

Me giro hacia Spence, levanto la botella de champán, deseando haber bebido un poco para poder sentir esa efervescencia en la garganta, el cosquilleo en el estómago y en la piel mientras él cierra la puerta antes de acercarse lentamente.

te a mí; la cautela rezuma por cada uno de sus poros. Lo observo con ansia, como si fuera la última vez, y por lo que sé, podría ser así.

Spencer es insoportablemente guapo, aún más ahora que es mayor y se ha desarrollado del todo. Es todo ojos y pelo oscuro, decadencia pecaminosa, como chocolate extracremoso. Hombros y pecho anchos y tan, tan alto, sobre todo si se compara conmigo; soy pequeña, como una duendecilla. Así es como me llamó una vez, cuando los dos estábamos todavía en Lancaster Prep y lo metí a escondidas en mi habitación para que pudiera hacer lo que quisiera conmigo. En ese tiempo lo hacíamos con frecuencia, a escondidas. Lo echo de menos.

Lo echo de menos a él.

La última vez que nos vimos estábamos en la ciudad, aquí, en su apartamento. Aparecí inesperadamente, como suelo hacer, y él intentó que me fuera, como si lo hubiera interrumpido, pero, que yo sepa, no había nadie.

Es posible que le haya gritado. También es posible que le haya dicho que no quería volver a verlo; mentía todo el tiempo. Él lo sabe.

—Creía que me odiabas. —Su voz es neutra, al igual que su mirada cuando la dirige hacia mí, lo que provoca pavor en todo mi cuerpo.

—Oh, te odio, Spencer. No debería estar aquí. Esto es un error, que me aparezca en tu puerta. Lo sabes. Lo sé. —Hago una pausa, notando el destello de frustración que ilumina sus ojos y me comunica que le importo. Al menos un poco—. Pero eso no significa que no quiera algo de ti.

No dice nada cuando me acerco a él, lo cojo de la camisa y le doy un tirón para que no tenga más remedio que agachar la cabeza. Su boca se cierne sobre la mía, llena, madura y tentadora como el pecado. Mis labios se encuentran con los suyos y los mordisqueo solo un instante antes de apartarme.

—Vamos a emborracharnos.

—Sylvie...

—Necesito emborracharme, Spencer. Esta noche es una ocasión especial. —Mi voz es bajita, casi ronca. Me aterra que me vaya a decir que no.

—¿Qué celebramos? —Su mirada recorre mi cara, como si estuviera memorizando cada pequeño rasgo, las imperfecciones y las cicatrices.

Es el único que me ve tal como soy. Sin embargo, no me aleja. Tampoco intenta cambiarme.

No hay nadie como Spencer Donato. Nadie.

—Tengo que emborracharme para armarme de valor y por fin follarte de verdad. —Lo suelto y entro en su cocina, dejando la botella en la barra. Empiezo a abrir todos los armarios hasta que encuentro lo que quiero; copas de champán. No estoy segura de cómo he sabido que las tendría, pero he pasado suficiente tiempo en el apartamento de su familia para saber que están bien abastecidos, sobre todo cuando se trata de alcohol.

Spencer me sigue hasta la cocina y enciende las luces mientras le señalo la barra donde he dejado la botella.

—¿La abres, por favor?

Se arremanga la camisa azul oscuro y se pone manos a la obra para descorchar la botella. Miro sus fuertes antebrazos mientras coge una copa y vierte con cuidado el champán en su interior antes de dármela; luego se sirve una. Levanto y dirijo mi copa hacia él, con la mano temblorosa.

—Salud.

—¿Por qué? —Su voz es grave, tranquila.

Escuchar su pregunta, ver la expresión en su rostro me destruye. Sonrío y junto mis rodillas en una actuación magistral, fingiendo que solo somos él y yo, cuando después de esta noche no habrá más nosotros. Estoy comprometida con

otro, aun cuando siempre quise comprometerme con Spencer.

—Por el futuro.

Choca su copa con la mía y bebemos, mirándonos el uno al otro. Sorbe mientras yo bebo a grandes tragos vaciando la copa en cuestión de segundos y la dejo sobre la barra. Cojo la botella, la inclino para servirme y me giro para ofrecerle más a Spence, pero él apenas ha tocado la suya. Me encojo de hombros y relleno mi copa. Riendo, la recojo sin que me importe que el champán se derrame por todos lados; sobre la barra, en mi abrigo, mi cuello, mis labios. Bebo y bebo, sintiéndome más acalorada con cada trago.

—¿Por qué llevas abrigo, Syl? —me pregunta, arrebatándome la copa vacía de la mano antes de que pueda volver a servirme.

He perdido la cuenta de cuánto he bebido, pero sé que no es suficiente.

—Oye —lo fulmino con la mirada—, quiero más.

—Quítate el abrigo. Quédate un rato. Tenemos toda la noche.

Él no lo entiende. No tengo toda la noche. Probablemente, tenga un par de horas antes de que deba volver a casa. Mi madre está haciendo quién sabe qué, dejándome libre, lo que ha sido su primer error. He aprovechado la ocasión para escapar, sabiendo que era mi última oportunidad. Mi última noche. Con Spencer.

—¿Quieres que me quite el abrigo? —Es de gruesa lana negra, con cuello de piel sintética y un cinturón ceñido a la cintura que le recuerda a todo el mundo lo horriblemente delgada que estoy.

—¿No tienes calor? —Levanta una ceja mientras me contempla.

—Espera. —Me desato el cinturón y me quito el abrigo

con un movimiento de los hombros, hasta que queda a mis pies revelando que estoy completamente desnuda. Una ofrenda al único hombre que soporto que me toque.

Perplejo, desplaza su mirada hacia la mía, sin interrumpir el contacto visual.

—Sylvie...

Me acerco a él, le rodeo el cuello con los brazos y rozo mi cuerpo desnudo contra el suyo.

—Fóllame, Spencer.

—¿Qué estás haciendo? —Mantiene su mirada sobre mí. Sus manos descansan ligeras sobre mi cadera, como si le diera miedo tocarme.

—Te deseo. —Me pongo de puntillas y aproximo mi boca hacia la suya, cerrando los ojos.

Responde a mi beso solo un segundo y luego echa la cabeza hacia atrás. Vuelvo a caer sobre mis talones, abro los ojos y descubro su mirada llena de preocupación mientras me observa, y lo odio. No quiero que se preocupe. Quiero que me folle.

—No me mires así.

—¿Qué ha pasado? Dímelo.

Es demasiado listo. Siempre me descifra.

—Nada. —Sonrío y estiro el brazo para posar mi mano sobre su incipiente erección. Puedo ponérsela dura solo con mirarlo.

—Estás mintiendo. —Su voz es irritantemente tranquila y de repente quiero gritar. Estirarme del pelo y preguntar por qué la vida tiene que ser tan injusta.

—Te lo juro, eres el único hombre que conozco que cuestionaría los motivos de una chica desnuda. ¿No lo entiendes? Quiero consumir nuestra relación, Spence. ¿No te he provocado lo suficiente? —Le sonrío, con el cuerpo cada vez más lánguido gracias al alcohol mezclado con las pastillas que he

tomado antes, aunque debo tener cuidado, no quiero desmayarme y perderme toda la diversión—. Ningún otro hombre haría esto. Me levantarían y me llevarían directamente a la cama.

—Sé cómo eres, Syl. Me preocupas.

—Estoy bien. —Me aclaro la garganta—. De verdad. Estoy bien.

Quizá si lo digo lo suficiente, empiece a creerlo.

—¿Bien?

—Sí. —Me enderezo, desesperada por beber más alcohol—. Ahora llévame a la cama.

Me coge de la mano y me acerca aún más a él, con los labios curvados en una sonrisa lasciva mientras susurra:

—¿Quién dice que te quiero follar en una cama?

Parpadeo, tratando de ignorar la repentina palpitación entre mis piernas.

—Soy una jovencita virginal. ¿Quieres... qué? ¿Follarme contra la pared? ¿Follarme aquí mismo, en la cocina? —Me zafo de su abrazo y me subo a la barra de la cocina; siento el mármol frío bajo mis nalgas—. Ven. —Me acerco a él, pero no lo suficiente—. Vamos a probar la altura.

Abro lentamente las piernas mientras él se acerca y le permito pasar entre ellas. Pone las manos en el interior de mis muslos, acariciándome suavemente, encendiendo pequeñas chispas sobre mi piel con su tacto.

—Jovencita virginal —murmura, su voz profunda me eriza la piel—. No hay nada virginal en ti, Sylvie.

—Excepto mi himen intacto. —No puedo concentrarme cuando me toca así, pasando los dedos de un lado a otro, acercándose cada vez más a mi centro, para luego alejarse. Sabe dónde quiero que esté y no quiere dármelo—. Mi médico acaba de demostrarle a mi madre que soy virgen en todos los sentidos.

Levanta los párpados y sus ojos de color café oscuro se clavan en los míos.

—Tienes al médico y a la madre más jodidos del planeta. Dios, la verdad duele.

—No es culpa suya. Solo hace lo que le pide mi madre —digo en voz baja, mordiendo mi labio inferior cuando sus dedos rozan ligeramente mi zona húmeda. Probándome. Provocándome—. Me está vendiendo al mejor postor.

Sus dedos detienen su exploración.

—¿Qué quieres decir?

Llevo la mano a la parte delantera de su camisa y empiezo a desabrochar lentamente los botones, manteniendo la mirada fija en esa tarea en lugar de mirarlo a los ojos.

—Voy a comprometerme, Spencer. Estoy segura de que el anuncio se hará pronto.

—¿Con quién?

—No lo conoces. Es un banquero de inversiones. Mucho, mucho más viejo y sofisticado. Me enseñará cosas, estoy segura. Mi madre le ha pagado, así que ya no soy problema suyo, después de que matarme con falsas enfermedades no funcionara. —Las palabras brotan de mí, una tras otra, como si no tuviera control sobre ellas.

Se le escapa una risa y reanuda su búsqueda, presiona mi clítoris con el pulgar, haciéndome sisear.

—Qué graciosa, Syl.

No esperaba que me creyera. He dicho este tipo de cosas antes, pero nunca se han hecho realidad. No me he muerto. No me han mandado a Australia, no me han internado en un psiquiátrico, no me he vuelto lesbiana, no he ido a Harvard. Todo lo que le he jurado a Spencer que pasaría no ha pasado. Soy la mentirosa consumada, la excéntrica niña rica que hace lo que quiere, dice lo que quiere, compra lo que quiere. Eso es lo que le parece al mundo exterior, pero ¿aquí, ahora mis-

mo? ¿Con este chico que ahora es un hombre? Soy lo más real que puedo ser. Y aun así, no me cree. Ojalá pudiera ver a través de mi fachada. La mayor parte del tiempo sí puede, pero últimamente no estoy segura de quién es la verdadera yo.

Dejo a un lado mi melancolía y me concentro en lo que está pasando. Cómo está tocándome. Necesito perseguir el sentimiento que solo experimento con Spencer. Ese es mi objetivo esta noche.

El único objetivo.

Me inclino hacia atrás, apoyo las manos en la barra y todo mi cuerpo tiembla mientras él desliza sus dedos por mi piel sensible.

—Hablo en serio, Spence. El próximo capítulo de mi vida empieza con «Había una vez una boda...». ¿No es romántico?

Ignora lo que digo, su mirada se centra donde me acaricia.

—Me dijiste que nunca te casarías.

—Supongo que mentí. ¿De verdad te sorprende tanto?

—Cuando su mirada se encuentra con la mía, alzo las cejas—. Eso pensaba.

—¿Te has tomado algo antes de venir? —Sus dedos detienen su exploración y un gemido frustrado surge de lo más bajo de mi garganta.

—Claro que no —miento, abriendo más las piernas, tanto como puedo—. Haz que me corra, Spencer. Lo necesito.

Empiezo a moverme al ritmo de sus dedos, haciendo círculos con la cadera. Me muerdo el labio inferior cuando sus dedos, seguros, se deslizan dentro de mí. Los mueve despacio, curvando los dedos y rozando ese misterioso punto que me hace ver las estrellas.

—Mírate —murmura, con la mirada fija en su mano mientras me acaricia—. Mojada y desnuda en la barra de mi cocina. Eres como un sueño hecho realidad.

«Un sueño que no durará», quiero decir, pero no lo hago,

solo exhalo un suspiro, arqueando la cadera y Spencer no se detiene, no, lo empeora todo cuando se inclina sobre mí y recorre uno de mis erectos pezones con su lengua, luego el otro, dejándolos húmedos y doloridos. No puedo apartar la mirada, tengo los labios entreabiertos mientras me folla con los dedos y me succiona los pezones. Mi Spence, quien normalmente tiene la camisa abotonada, está pecaminosamente sexi con la camisa parcialmente desabrochada, mostrando el abdomen fuerte que siempre mantiene oculto.

¿Está mal que solo lo busque cuando tengo miedo? ¿Cuando sé que todo está a punto de desmoronarse? Los hábitos son difíciles de romper y desde que salí de Lancaster Prep hemos jugado de esta manera, sacándonos de quicio, diciendo estupideces que se convierten en una discusión que me hace salir furiosa, dando un portazo detrás de mí, jurando no volver a verlo. Eso siempre es mentira.

El problema es que, últimamente, mis estupideces se han vuelto reales. Sin embargo, él piensa que sigue siendo un juego. Eso es lo que pasa cuando eres joven y rico, y aparentemente no te importa nada en el mundo; finges que la vida es un juego gigantesco y que estás en él para ganarlo.

Spence ni siquiera nota que he perdido, que me llevo una última cosa solo para mí antes de tener que conformarme con el premio de consolación.

—¿Alguna vez te habías encontrado a una chica en la puerta de tu casa con un abrigo y nada más? —Me recuesto sobre los codos, agradecida por la larga y ancha barra de su cocina, y se me escapa un grito cuando se agacha y me pone la boca encima.

Cierro los ojos y gimo, presiono su cabeza hundiendo mis dedos en su pelo espeso y suave, aferrándolo a mí mientras lame cada centímetro; acaricia la entrada con su lengua, me lame el clítoris, lo rodea, lo acaricia, y me vuelve loca.

Sus manos se posan en mis caderas y me aproxima mientras se aleja de mí, mis dedos resbalan entre su pelo.

—No puedo decir que haya sido así.

Ya ni siquiera sé de qué está hablando, pero no importa. Cuando vuelve a centrar su atención en mi sexo, me deleito con el ritmo de su lengua, sus manos tiran de mis caderas, moviéndome con él. A ciegas, extendiendo la mano y, sin querer, golpeo una de las copas de champán que rueda por la barra y cae al suelo con un delicado tintineo de cristales.

—No te hagas daño —susurro, esperando que el cristal no lo haya tocado.

No dice ni una palabra. Solo murmura contra mi carne y la sensación me vuelve loca. Me revuelvo contra su boca y me levanto para cogerle el pelo con las dos manos, mirándolo fijamente mientras él hace lo mismo. Su mirada es lo definitivo. Su boca en mi centro, sus dedos presionando profundamente. Una ola se levanta y me invade tan de repente que grito su nombre, chillando de placer mientras me deslizo sobre su rostro, su precioso y amado rostro.

Cuando termina, me levanta en sus brazos y me saca de la cocina, esquivando cualquier cristal. Me lleva a su habitación y me tumba en el centro del colchón. Me acuesto ahí como un montón de huesos, aún sin aliento, sin dejar de mirarlo mientras se despoja de su ropa. Hasta que está tan desnudo como yo. Erecto y enorme, todo para mí.

Se acerca a la cama, trepando por ella desde abajo como un depredador, hasta situarse justo encima de mí, enjaulándose. Lo miro fijamente, enroscando el dedo en la fina cadena de oro que siempre lleva, tirando hacia abajo hasta que su boca apenas roza la mía. El rico y terroso aroma de mi vagina sigue pegado a su boca y a su barbilla, y le lamo la piel, saboreándolo.

—Esta vez me vas a follar de verdad —susurro—. ¿Entiendes?

Siempre he sido yo la que lo aparta en el último segundo, demasiado asustada para seguir adelante. En cuanto empecé a menstruar, mi madre me habló de mi virginidad como si fuera un precioso regalo que le haces al hombre con el que te vas a casar, y a nadie más.

«¿Quieres ser una puta? —me preguntaba a menudo—. ¿Quieres abrirte de piernas y dárselo a cualquier hombre que te llame guapa?».

«No, señora», respondía siempre con voz temblorosa.

Protegía mi virginidad con todo mi ser, aunque nadie me deseaba en ese sentido. Durante mucho tiempo no permanecía lo suficiente en el instituto como para que algún chico se interesara en mí. Hasta Spencer. Desde el momento en que nos miramos, lo supe.

He hecho muchas cosas. Muchas otras cosas en lugar de sexo real con Spence. También he besado a otros chicos, incluso dejé que un par de ellos me tocaran, pero casi todos los encuentros sexuales que he tenido han sido con Spencer. Hemos hecho de todo, menos esto.

Cuando tu madre te hace ir a revisiones periódicas para asegurarse de que tu virginidad sigue siendo demostrable, haces lo que ella quiere. Nunca creí que tuviera otra opción. A pesar de ser adulta, todavía me cuesta dejar a mi madre; una pequeña parte de mí la necesita. ¿Cómo de retorcido es eso?

Casarme con alguien que ella eligió me recuerda que no me pertenezco a mí misma. Nunca me he pertenecido. Mi virginidad ya no me pertenece y la voy a regalar, sin importar las consecuencias, a pesar de estar comprometida con alguien. Y no es con este hombre que ahora se cierne sobre mí, con su pene enorme apoyado sobre mi vientre, dejando un rastro húmedo, la prueba de que me desea.

Con la otra mano, me acerco a él y las yemas de mis dedos le rozan el extremo, haciendo que se retuerza. Exhala

entrecortadamente y agacha la cabeza, respirando hondo. Como si necesitara recuperar el control.

—En realidad no quieres.

Ahora es él quien me aparta. He tenido su polla en la boca, sus manos sobre todo mi cuerpo. Sin embargo, me rechaza porque sabe lo mucho que mi preciosa virginidad significa para mí. Para mi madre.

Es enfermizo lo involucrada que está en mi vida.

—Sí quiero. Contigo. —Vuelvo a sujetarlo de la cadena, nuestras bocas se funden, nuestras lenguas se enredan. Acariiciándose. Avivando el fuego que siempre arde dentro de mí cuando estoy con este hombre. Ahora es un hombre y yo soy una mujer comprometida.

A punto de follarme a alguien que no es mi futuro marido.

Le acaricio el pene y él lo empuja lentamente contra mi palma, gimiendo en mi boca. Mi cuerpo se siente vacío, mis paredes internas se aprietan en torno a la nada. Por una vez, solo quiero saber cómo es, sentirlo dentro de mí. Los dedos no bastan; su boca, aunque absolutamente increíble, no basta. Necesito más.

—Déjame ponerme un condón. —Se inclina sobre mí, alcanzando el cajón de la mesita para abrirlo. Intento no pensar en Spencer con otras chicas, pero no puedo evitarlo.

Guarda condones en su mesita. ¿A cuántas chicas ha traído a este apartamento? ¿A cuántas tías se ha tirado? Nunca hemos tenido un compromiso pactado, pero nos sentimos continuamente atraídos el uno por el otro. Entramos y salimos de la vida del otro constantemente. He pasado meses sin verlo.

No puedo tener expectativas. Ni exigencias. No tengo derecho, a pesar de lo mucho que lo quiero.

Querer no es una palabra suficiente. Amo a Spencer. Lo amo. Simplemente no puedo reunir el valor para decirlo en voz alta.

—No necesitamos condón. Tomo la píldora. —Lo pongo a prueba para ver si dice que debería usar uno porque ha estado con otras mujeres, pero no dice nada al principio.

—¿Cómo que tomas la píldora? —Su mirada inquisitiva se encuentra con la mía.

—Pensaba que era mejor estar preparada.

—¿Y cuánto tiempo llevas preparada?

Levanto un hombro, haciéndome la indiferente.

—No te preocupes.

Su mirada es firme y demasiado intensa, aunque finalmente aparto mis ojos y trago saliva. Si me rechaza ahora mismo, no sé qué haré. Pero no lo hace, claro que no. Me tiene lista y dispuesta, no puede. En lugar de eso, cierra el cajón y vuelve a ponerse sobre mí, de rodillas, con los dedos alrededor de la base de su erección. Mientras se acaricia, se me seca la boca y me doy cuenta de que se me acaba el tiempo. Necesito que lo haga ahora. Abro las piernas y le muestro todo lo que tengo. Su mirada se desliza con naturalidad y se concentra en mi brillante carne rosada. Me toco entre las piernas y me acaricio, los sonidos de humedad hacen que me moje más.

—Por favor —susurro. Nunca suplico y, por la expresión en su rostro, él lo sabe—. Te quiero dentro de mí.

Se acaricia un poco más. Su pene está rojo y casi parece enfadado.

—Por favor, Spence. —Cierro los ojos, gimoteando—. Te necesito.

Sin vacilar, se cierne sobre mí y guía su pene hacia el interior de mi cuerpo. Inhalo en cuanto lo siento penetrarme, mis muslos se endurecen y todo mi cuerpo se pone rígido. Toda mi voluntad me abandona y el miedo lo sustituye por completo.

—Relájate —susurra, con su boca contra la mía, justo antes de darme un beso largo en el que acaricio su lengua.

Cuanto más me besa, más fácil me resulta hacer lo que me dice, relajarme. Empiezo a darme cuenta de que me está llenando, centímetro a centímetro, insoportablemente, robándome el aliento cuanto más profundo se desliza, hasta que su pene está completamente dentro de mi cuerpo.

Esta vez mis paredes internas se estrechan a su alrededor y es como si me recorriera una sacudida, electrificando mi sangre, mi piel y mis huesos. Siento un ardor cuando empieza a salir, solo para volver a empujar hacia dentro y esta vez... Esta vez, no hay ardor.

Spence se mueve y yo también, completamente fascinada con cada pequeña cosa que hace. La forma en que sus manos se apoyan en la cama a ambos lados de mi cabeza. El balanceo de su cadera al entrar y salir de mí. El brillo del sudor que se forma en su frente y su pecho. El vello oscuro que se riza en el centro de sus pectorales, vello que no existía cuando tenía diecisiete años y nos desnudábamos, escondidos en mi habitación de Lancaster Prep, para que me metiera el dedo y yo lo masturbara. Aquellos fueron buenos tiempos, cuando mis preocupaciones no tenían nada que ver con futuros maridos y bebés, y toda esa mierda horriblemente responsable de los adultos. Cuando podía estar con Spence sin preocuparme.

—Joder, Sylvie —dice juntando los dientes, como si le doliera—. Estás muy apretada.

—¿Demasiado apretada? —pregunto, como la virgen idiota que soy.

Se ríe entre dientes.

—Nunca. —Luego inclina la cabeza para besarme—. Me estás apretando tan fuerte que me voy a correr en minutos.

Quiero que se corra en unos minutos. Debemos darnos prisa. Esta es mi última oportunidad de estar con Spencer antes de tener que renunciar a él para siempre.

Debe de notar que mis músculos se calientan y se aflojan, porque enseguida empieza a follarme en serio, con fuerza. El sonido de nuestra piel al conectarse inunda la habitación, igual que el olor a sexo. A pesar del orgasmo que he tenido antes, mi cuerpo está excitado y listo para empezar de nuevo, y meto mi mano entre los dos; mis dedos encuentran mi clítoris hinchado y empiezo a acariciarlo.

Spence reemplaza mi mano con la suya, sus ásperos dedos dibujan círculos cada vez más pequeños alrededor, hasta que echo la cabeza hacia atrás, incapaz de respirar, mientras un segundo orgasmo me sacude y me deja sin aliento. Sin sentido.

—¡Mierda! —grita, justo cuando siento el primer chorro de semen en mi interior. Pronto me siento inundada, y sus embestidas no disminuyen mientras me penetra con un gemido que sale desgarrado de lo profundo de su garganta.

Le froto la espalda cuando se acuesta encima de mí. De arriba hacia abajo, recorro su piel suave, respirando el aroma de su colonia. Su champú. Todavía está dentro de mí y me pregunto si siempre recordaré lo que sentí en este momento cuando piense en Spence, quien se ha convertido en parte de mí.

—Peso demasiado. —Empieza a apartarse, pero lo abraza con más fuerza, impidiendo que se vaya.

—No —susurro, tragando con dificultad la espesa emoción que recubre mi garganta, haciéndome casi llorar—. No te vayas todavía.

Se queda acostado un momento, cediendo a mi petición, hasta que no puede más. Cuando sale de mí, el semen se escurre mojando mis muslos y la cama debajo de mí, y me siento vacía. Vacía. Casi quiero empujar su semen hacia mi interior para llevarme un trozo de él conmigo cuando me vaya, pero no lo hago. No quiero que me pregunte por qué.

—Debería haberme puesto un condón. —Se acuesta a mi lado y estira la mano entre mis piernas para recoger el semen.

Le quito la mano de un manotazo y me arrepiento inmediatamente.

—Déjalo. Estoy bien.

Me acaricia con los dedos, recorriéndome de arriba abajo, despacio, con suavidad.

—Hay sangre. —Levanta los dedos para enseñármela, mezclada con su semen—. Eras virgen de verdad.

—¿Dudabas de mí? —pregunto en voz baja, dolida.

—La verdad, no —responde y su mano me abandona cuando lo fulmino con la mirada—. Aunque, Syl, sueles decir muchas locuras.

Suavizo mi mirada porque tiene razón.

—Pero sabes que eres la única para mí —murmura, el brillo sincero en sus ojos es abrumador.

—Dices lo que sea para llevarte a una chica a la cama —bromeo, queriendo aligerar el momento.

La sinceridad es sustituida por dolor, pero lo ignoro.

—¿Te ha gustado cuando me he corrido dentro de ti? —pregunta, casi suena... ¿tímido?

Mi dulce, dulce Spence. Es un romántico. Un caballero de brillante armadura. Siempre corriendo a mi rescate. Sin embargo, nada puede salvarme ahora. Ni siquiera él.

Levanto una ceja.

—¿Alguna vez te habías corrido dentro de una mujer? ¿Desnudo? ¿Sin condón?

Lentamente, niega con la cabeza y se inclina para darme otro beso.

—Nunca.

—¿Me lo juras? —Le impido que me bese y apoyo la mano sobre su pecho, justo encima de su corazón, que sigue latiendo con rapidez.

—Sí —susurra contra mis labios, su lengua se desliza entre ellos mientras sus dedos vuelven a introducirse en mi interior. Juguetea con mi sexo, sus dedos encuentran mi clítoris aún sensible y mi cuerpo responde como la puta que soy para este hombre—. Quiero hacer que te corras otra vez.

—Pero estoy muy cansada. —Me aparto de sus dedos, odiando alejarlo. Si pudiera, dejaría que me follara toda la noche, que me hiciera correrme una y otra vez. Pero no podemos, se nos acabó el tiempo.

No tiene que decir una palabra, siento su frustración, se nota en su piel, resuena en su voz cuando insiste:

—Sylvie. Déjame. Sabes que quieres.

—No, no quiero. Necesito dormir. —Lo miro por encima del hombro, ignorando el gesto en su atractivo rostro. Es tan difícil resistirse a él, pero tengo que hacerlo—. Ha sido mi primera vez, Spencer. Estoy dolorida.

En realidad, no, pero necesito salir de aquí.

—Oh. Pobrecita, mi pequeña. —No discute más conmigo.

Me atrae hacia él, mi espalda contra su pecho, y sus brazos musculosos se deslizan alrededor de mi torso, sus grandes manos se extienden por mi estómago, sujetándome. Noto su pene rozándome las nalgas. Sigue excitado. Si nos descuidamos, podríamos dejarnos llevar y volvería a estar dentro de mí. Sería tan fácil. Siempre es fácil entre Spence y yo, hasta que deja de serlo.

—Déjame traer una toalla. Te limpiaré.

—No. —Sacudo la cabeza, mi pelo roza su cara y él lo aparta—. Solo... déjame acostarme aquí y cerrar los ojos. Solo unos minutos.

—De acuerdo. —Me besa la sien y sus labios se detienen junto a mi piel.

Siento que me inspira, como si estuviera saboreando mi aroma, y mi corazón, lo juro por Dios, se quiebra.

Expuesta, derramando por todas partes mis emociones contenidas, podría desangrarme en esta cama y morir en los brazos de este hombre, y nadie lo cuestionaría, menos yo. Me mata de la manera más dulce. Al final, le haré daño y me odiará. Tendré que vivir conmigo misma por eso, me guste o no.

No decimos nada, la tranquilidad de su apartamento me adormece momentáneamente. Hasta que me despierto sobresaltada unos minutos después, aunque no sé qué hora es. La habitación está a oscuras. Oigo el ruido de la ciudad a lo lejos. El claxon de un coche. El ruido de una sirena.

Tengo que irme.

Sin moverme, escucho la respiración de Spence. Es lenta y profunda. Está completamente dormido. Siempre ha podido dormirse rápidamente y lo envidio por ello.

Con cuidado, para no perturbar su sueño, salgo de la cama y me giro para mirarlo por última vez antes de irme. Está acostado de lado, con la sábana cubriéndolo hasta la cintura, los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Parece tan tranquilo, es tan guapo; el pelo castaño oscuro le cae sobre la frente y me dan ganas de echárselo hacia atrás, besarle la frente, respirarlo a él como lo hizo antes conmigo, susurrarle que lo amo. No lo hago, solo me quedo mirándolo, intentando grabar este momento en mi memoria para futuros recuerdos, y luego huyo de la habitación, corro desnuda por el pasillo y voy a la cocina a buscar mi abrigo. Lo recojo del suelo y me lo pongo, pero piso el cristal que rompí y hago una mueca de dolor, mordiéndome el labio para no gritar.

No me da tiempo de sacarme el cristal del pie, aunque lo rozo rápidamente. Me pongo las zapatillas, vuelvo a atarme el cinturón del abrigo y busco mi teléfono en el bolsillo.

Al sacarlo, veo la hora en la pantalla y me invade la preocupación; he estado fuera más de lo previsto. Mi madre podría estar buscándome. El miedo me inunda e ignoro

las notificaciones de mi teléfono, lo guardo en el bolsillo de mi abrigo y salgo corriendo del piso, aunque cierro la puerta lentamente. Cojo el ascensor hasta la planta baja, me despido del portero al que soborné antes con sus galletas favoritas, las que hornea una panadería cercana, y salgo del edificio en un abrir y cerrar de ojos.

A lo largo de los años, he visitado a Spence lo suficiente para que el portero me reconozca, pero siempre me gusta darle un pequeño obsequio por no haberme dado problemas nunca. Solo cuando estoy en el asiento trasero de mi coche, de camino a casa, me siento lo suficientemente valiente como para revisar las notificaciones de mi teléfono. Hay un mensaje de mi madre, por supuesto.

Ven a casa, ahora.

Seguramente sabe dónde estaba y con quién. Ha tolerado mis devaneos, como ella los llama, con Spencer durante años y casi siempre hacía la vista gorda, pero ya no. Ahora tiene una responsabilidad: entregar al conde Wainwright la perfecta novia virgen.

Mis labios se curvan en una sonrisa malvada; parece que he arruinado esa parte de su plan.